

Francisco Serrano

AQUÍ ES NINGUNA PARTE

(1974-1994)

TIEMPO PROTEGIDO

(1974-1981)

TEATRO DE SOMBRAS

POEMA DEL ALBA

1

Al alba

los objetos adquieren un contorno difuso:

un fino temblor los recorre,

un imperceptible agitación

pulsa a través de sus líneas.

Conforme emergen de la sombra, las cosas

se precipitan en otra zona de oscuridad,

no física sino interior,

que las deja en una relación ambigua

respecto de sí mismas.

La marejada nocturna las deposita

chorreando sombra: todavía

bañadas en el torpor del principio

a la orilla de la forma,

y las cosas no se reconocen.

Pareciera que al perder la sombra

perdieran el nombre,

que volviendo de lo anónimo

quedaran momentáneamente transfiguradas.

¿Son o no son eso que parecen las cosas

cuando vibran traspasadas por la luz del alba?

Como si la noche las hubiera dejado vacías de significado,

como si algo en ellas se desvaneciera al romperse la sombra,

por un instante las cosas no están en sí.

A punto de ser ellas mismas, vacilan

en el umbral de lo indistinguible,

tiemblan en el temor de la disolución:
Identidades que la noche ha socavado.

2

Las cosas emergen y salen de la noche atónitas.
En la aterida claridad, inermes,
expulsadas de su lecho de sombra,
las cosas penosamente
tiritan y se abandonan a la incipiente
realidad que las desborda.

3

Detenidas a la deriva de su propia sustancia
las cosas fluyen hacia adentro, inmóviles,
recuperando al perder la finitud que nos permite
fijarlas como objetos.

¿De dónde vienen las cosas?
Bajo la luz del alba el mundo se deshace:
se abren las puertas del amanecer
y una inminencia de abismo
arroja sobre el mundo su vaho,
su inaprensible horror;
como si en torno a cada objeto
se abriera un espacio de aniquilación.

Cada mañana el mundo repite,
sin vergüenza, sin tedio,
la unánime caída inicial.

Ánimas en pena, las cosas, ausentes de sí,
andan en busca de su mutilada unidad:
restos de una voracidad antigua
quebrando la opacidad de lo cierto.

Aquí o en ninguna parte están las cosas.
Rumor de contigüidad.

4

Soltando amarras en la orilla de lo desemejante
a contra sombra las cosas recuperan su forma;
la masa de oscuridad, al retirarse,
desbarata y reintegra la huella que las ata a la memoria,
esa ausencia del cuerpo.
Las cosas pierden peso cuando cuajan
en el perplejo espejo de lo distinto.
No el sueño sino el alba prefigura a la muerte.

5

La luz planta sus pabellones
en la piscina refinada y difícil
de lo conocido.
Todo está en su sitio.

6

Un viento de incertidumbre
agita la zona del nombre.

Al alba el mundo ve a otra parte.
¿A dónde va el mundo al alba?
Porque se abre una fisura entre la imagen
y el cuerpo del objeto, entre la forma
y la figura de su representación...

Uno elige sus formas, las identifica;
se afirma en ellas, respira tranquilo:
misericordia de la percepción.
Vemos y creemos.
Interponeos entre la realidad
y nuestra facultad de aprehenderla
aquello que llamamos “lo cierto”.

Las apariencias se borran:
sólo queda la desnuda delicia
de la idea de la forma.
Poco a poco las cosas,
las sombras buscan sus nombres.
Las formas buscan su disolución.

INFANCIA

La infancia

(*cette cuisse, cette jambe de gauche, etc.*),

de pronto en las palabras de una conversación al pasar escuchada.

Redactaba minuciosamente una crónica de los hechos,

presumía conocer los significados que otorgan

— en el olvido o en el recuerdo —

sentido a esa imagen de la ausencia que llamamos memoria.

¿Es posible que un sitio tenga el poder de reconocernos...?

Penetras ciegamente en la casa y su arruinada jerarquía:

ventanas, corredores, altos cuartos,

vestíbulos y puertas que no dan a ningún sitio.

Al fondo del corredor había un jardín,

un durazno en el fondo del patio;

exhumación de unos cuantos despojos, juguetes podridos:

el desolado culto de los mayores,

melancólicos días de guardar.

Las máscaras, los disfraces, los buenos modales,

la torpe algarabía del alcohol.

Monstruos complicados,

repentinamente taciturnos

y desdichados y violentos,

los adultos jugaban a ser alguien.

(Odiaste esta verdad: sus mentiras;

enseñando a fingir

tuviste un escenario propicio para perpetrar todas las marrullerías.)

Mujeres sin rostro cuchicheando en la cocina

te cierran el paso.

Salas repletas de confusión.

Como tras las rápidas ventanillas del ferrocarril
pasa al paisaje, entrevisto entre arbustos y peñas
—la sierra azul verde a lo lejos—,
los ojos brillantes del niño que fui
me miran observarme a través del difuso túnel
desde donde recupero y disemino
jirones de una indócil ternura.

Entonces los rasgos de esta alquimia se empañan
y de sus orillas emergen las recónditas figuras de los padres:
sonámbulos, ubicuos, con una actitud de bestias estremecidas
en los alrededores del amor.
Sus razones: el yugo de la razón.

¿Qué lastimadura acecha en la pretensión de revocar el pasado,
qué afán de restaurar el ámbito de una imposible reconciliación
y quedar expuesto a la intemperie de los hechos, su constancia?

Mañanas y tardes venidas de otro tiempo,
otro sitio en los resquicios de esta infame celebración.

Yedra cruenta:

los lazos de la sangre y su nudo de víboras.
Crecí entre los escombros de una stirpe extirpada.

Mi madre: rescoldos de una fidelidad,
una abuela tejedora de mitos;
jardines despedazados.

¿Puede un niño encontrar su lugar,
acurrucarse en los rincones que pueblan
el agrietado edificio de la familia?

La niñez es un turbio dominio.
Asediado por el cerco de lo extraño

la repugnancia rigió tu conducta, tu sensibilidad.
Y ahora vienes y escribes este vano artificio
como un intento de lustrar y fijar la memoria de aquellos días,
como si decirlo pudiera aliviar algo de su nostalgia.

En estas formas te reconociste,
estos vestigios alimentaron tus días.
Lleva el amor la sed inextinguible de la infancia...

PAÍS DE NUBES

Adolescencia: país de nubes

Octavio Paz

¿Quién? Un impreciso rostro
embotado por la epifanía del deseo:
brotes lentos de orquídeas
sombreado el litoral de los labios.
Y el anhelo creciendo como cuál vegetal.
En las terrazas abiertas a la ciudad pulsátil
las leves plantas de las muchachas despertaban
otra aurora: bailando. Giros, roces...
Ascendíamos los escalones de la música
en búsqueda de la percepción reconciliada.
¡Qué lejos parecía estar entonces la muerte!
Obstinaciones al ritmo bullente
que zarandeó a mi generación.
Entretanto engullíamos veneno
a sorbos... También quisimos el bien.
Cundía la hinchazón del deseo postergado
en la noche ávida del insomnio adolescente:
élitros de vaho, súcubos súbitos,
manipulaciones fulmíneas y culpables;
lecturas que estrellaban la mirada
o regueros de pólvora los cuerpos.
...Cercada marinería de labios.
Y alguna tarde, la sombra verde ámbar
de los fresnos del parque
(recuerdo un par de ojillos acechando en el seto)

el esplendor de las exploraciones unánimes.
Balbuceo... Zafia sucesión de sensaciones
inéditas y atónitas.
¿Permutaciones? Hubo: inquietud picada de astros.
¡Las manos se fugaban tras los ojos
de todas las miradas tras el tacto!
Un día para siempre tu estandarte y divisa:
el ardor de la yacija y su vértigo ciego,
el sitio de la herida inapresable.
Horas de sueños febriles, de fiestas inanes;
la luna ocre meciéndose en el aire,
en ansia velocísima, las ropas
mojadas de rocío.
Pasar aquellas noches...
Niños estúpidos en autos excesivos,
frecuentábamos la devoción de la metáfora
y el equívoco hábito del burdel.
Oscilábamos entre el medio y la exaltación
Palabras y hechos que querían decir: escarnio.
Trizadero de mañanas y noches
fermentando en el filo de las sienas
como diademas de metal estricto.
Bastaba con burlarnos de ello.

¿Sí?

¡Cuánto orgullo, jactancia!
Desconocíamos la introspección.
(Y lo más importante: compartimos el riesgo,
esa exuberante forma del idealismo.
Oh, saltar en pedazos...)

En los pasillos del colegio deambulaban
con los ojos brillantes,
en vilo por el ímpetu fiel de su entusiasmo,
los primeros emisarios de la *Conmoción*,
los pioneros de la propaganda.
Paraísos, oasis, campamentos de nubes
en el estuario de la luz,
Los rápidos delfines de la draga:
oquedades e incendios.
La ablución tal de pastillas monstruosas
o acres cigarrillos liados a medias... ¡Volutas...!
Cayendo espesamente estupefactos
desde los confines de la risa irreprimible,
todo nos aturdía, salvo la realidad,
sí, que era insoportable.

Y de pronto

El M A Z A Z O del p-á-n-i-c-o,

El horror y sus anillos de serpiente
entre las ruinas;
la defección bajo un cielo ominoso
convulsionado por banderas crueles.
(Más tarde aprendimos que el sueño había concluido.)
Nos queda no poco de aquella calcinación:
bajo distinta luz, en labios de otro dulzor,
persiste aún su privanza de metas,
la apetencia de un suelo sin temor y sin prisa.
Si el contagio no te hubiera atrapado...
Como una fotografía caída en el fuego
se encrespa, bruscamente ya, y se inflama,
los hechos, los días, las imágenes,

el lenguaje, el amor que echa raíces,
las súbitas presencias —vuelas humo—
de entonces, se prenden bajo el peso del pasado,
pavesas de la hoguera de otros días,
y acometen el alma.
Antes que la sombra lejana caiga
más allá de las frondas altas contra el crepúsculo,
como un pájaro ígneo picotea
los frutos del gran árbol de la vida
quiero aún disfrutar de la larga vehemencia ágata:
asisto a las últimas raciones de un festín
por cuyos restos crispados sin duda
preguntará el futuro.
Alguna vez supimos de aquella condición.
Su reclamo nos ha consumido sin deleite.

SOMBRAS DE COMITÁN

uno

Amor que llevas una máscara
¿te acuerdas?

Un escenario que se desvanece y vuelve,
el sentido de una representación,
el mundo acrecentado al disiparse;
sombras: ¿paradójica?
connotación de la muerte?...

Amanece en un cuarto de hotel.
A través de las persianas
en la pared tatuada por la humedad
se desplazan invertidas las figuras de sombra.
afuera una mujer con un bulto cruza la calle:
su cuerpo en el muro es un insecto plegando las alas
que desaparece en una esquina del techo;
pasa un panadero en bicicleta,
un auto crece a medida que se aleja.
Ruedas y rayos hilan en el salitre
un momentáneo espectáculo de feria.
“La luz de un alto fuego brilla detrás de ellos”.
Y: “Las cosas que llevan los que pasan.
¿No piensas que deberían referirse a las cosas
al hablar de las sombras?”...

Hablabas de altas cruces en un panteón chamula,
esparcidos restos de un confuso rito:
cabellos, cuadernos, prendas de vestir, calaveras,

cenizas al pie de las fosas
entre la rala hierba.
Tu voz era como agua: fluida y tibia.
Después la caminata hasta la frontera,
los cerros verde claro,
 las casas de madera,
 los follajes con sol.

“¿Cómo está tu corazón?”, le preguntó el delegado indígena
a la norteamericana conversa
abandonada con tres hijos
que buscaba a su marido,
tzeltal polígamo.
¿Cómo estará el tuyo?, me pregunto.

En el estanque de la memoria
como piedra arrojada:
 las ondas
difundiéndose en el agua,
tu imagen, al desleírse, crece
e invade tu recuerdo astillado.

Niña, fiera, estatua:
 ¿te acuerdas?

En aquel efecto fugaz de cámara oscura, en esas sombras
tuvimos (no lo supe entonces pero ahora lo escribo),
la experiencia de un movimiento de contradictoria aproximación,
de un tránsito hacia lo que no es
que al proyectarse
revelaban los cuerpos.

dos

Así el mundo se agranda al reducirlo en el nombre:

una representación que es inacción

que el cuerpo ejecuta sin hacer.

En ella están contenidos

el fulgor de los cuerpos

unidos por la sombra

y otra realidad

en la sensación:

extrañeza de un orden

que sólo existe al disiparse.

Imagen: lo que subsiste y se forma

en el lugar de la desaparición.

tres

Moviéndose a lo largo de intensas líneas de percepción

que la sombra colma y la criatura lleva

y de las que no tenemos el sentimiento

(que alternativa y simultáneamente aparece y se esconde)

en esas sombras que son cuerpos y no lo son

se cifra un sentido retráctil

En efecto:

la vida

no es la transparencia,

es

una nítida veladura,

el más acá de las sombras,

lo que estaba entre los movimientos

y el reflejo del cuerpo de aquella mujer,
lo que acudía al sitio de donde se alejó
al acercarse ese automóvil.
Porque no vemos lo que es
sino lo que nuestros hábitos erigen.
Cuanto no hice allí está aquí ahora.
Hacer: espejismo mental,
vana noción de afirmarnos en los actos que fuimos.
Amor que perdiste tu máscara,
 ¿Te acuerdas?
Poesía la poesía no sustrae nada de la muerte.

Poesía: llegar a ser
el ser que morirá.

LA CINTA PRODIGIOSA

¿Has conocido a la mujer en toda su escabrosa potencia?

Federico Fellini

Un golpe de tus dedos sobre las teclas de la máquina de escribir y se desencadena la
inactiva armonía.

Frases oblicuas, vocales brillantes, sílabas en fuga hacia el fondo del cielo raso.

Y desde un ángulo de la habitación, los ambages de algún escorzo diáfano: tobillos de
exquisito esguince...

En el valle de México la luz túmida y un aroma de eucaliptos calan en el frío
septiembre.

Cánticos y celebraciones. Erección de edificios, cabrilleo de cristales, rumor estentóreo
de máquinas pesadas.

Atrás

una muchacha ciega masturbaba a un gendarme. Y una cifra.

Asa nisi masa

O dime: ¿aquel encantamiento no era sino un molde, arena numerosa, ondeando,
espiga, nota, en el desordenado principio del placer?

Prefiguraba —dijiste— el oro de las imantaciones.

Ven pues, tú que no me conoces: recorreremos a tu antojo una provincia de “excesiva
pureza”,

el único *lugar situado*.

Como en el acuario deslizante la promesa de nube azul:

ancla de luz más ligera y acendrada y de todas maneras fascinante,

estás de pie ante el mar. Tus compañeros gritan algo que no escuchas: también tú la
solicitas.

Y una voz... Casi desvanecido, devorado por el ansia que arreciaba, ah opulenta,
esperando su aparición, sus danzas.

Y un son: “Nereidas”; y un nombre: sonido sibilante, sordo, probablemente africado,
quizá postdorsal... ¡*Saragbina!*

Bofetadas. Carreras. Trepas el cinabrio de la ira, caballito de palo, jamelgo encabritado
de batalla.

De nuevo del fondo de las salas de cal vendrá la madre, viejecita solícita de labios como
orugas

que sabía d-e-s-e-s-p-e-r-a-d-a-m-e-n-t-e aferrarte con su abrazo;

y rascará en la tierra, y mostrará su máscara, tu confusión.

(Algo de aquella juventud se enreda en este venático ramaje de imágenes crispadas:

el sombrero y el látigo en la tina plural,

la procesión de bañistas bajo los eucaliptos,

el ritual de la fuente, y el canto de un pajarillo: ¡*Diomedes!*

Dislocaciones: intensidad y persistencia; en los sentidos centellean aún los claros de la
cinta prodigiosa,

emergen de tu memoria transfundida.)

¿Somos lo que el encono de nuestras carencias nos obliga a zanjar, la ilusión de un
movimiento,

como la continuidad ficticia enjambrada por el arrastre de los *sprockets* en los
engranes del proyector,

algo en el común denominador de los hechos, o una fisura que nos reconcilia con
nuestros dioses parásitos:

aquello que la muerte tiene en la mira y no se deja engañar y espera un instante sólo de
distracción

para hacernos volar en pedazos como una fútil niebla?...

También... también.

(Eso quisiera pensar...)

En algún punto de la espaciosa sucesión me asomo a una puerta abierta a todas las
idolatrías, muy tensos los alambres del miedo.

¿Dónde están las palabras antes mágicas, el conjuro, la señal de la cruz:

amuleto de un día, ensalmo para beberme el cielo en todas las copas de los árboles?

En la plaza de la añeja ciudad a las casas se les caía el revoque,
el laurel impertérrito cabeceaba al mediodía y se espantaba a golpes de ramas
sonámbulas urracas.

los niños compraban tomates en la tienda, las muchachas paseaban cogidas del brazo,
el aire olía a pescado: erizos de mar color de vino, boquerones, lenguado, jurel de
brillantes escamas:

el pescador ponderaba su exangüe mercancía en una lengua farragosa y maloliente.

Frente al río

acodados cantábamos:

*“Di poca sombra,
todo era mío”.*

Asa nisi masa

Una fuente, una fuente para abreviar esta irritación, este espasmo de la lengua.

Borracho. Es la vigilia que te dicta tus mejores frases.

Aquella muchacha lunada, las otras tres muy rubias,
rotundas bacantes envueltas en sábanas en tu cuarto reunidas,
bebiendo a la orilla de tu cama.

Te acorralaron, sí. Arrastrado a un simulacro de disipación.

Asa nisi masa

La Gorda Monumental ha querido abrazarme:

brillan sus ojos intoxicados en la clara noche. Cantaba, aguardentosa.

Su voz rueda, da tumbos, desciende a saltitos los escalones, vaga por los corredores del
insípido hotel.

Y otra vez la cinta prodigiosa para dotar de un sentido ávido y abrasivo a la huella de
la Realidad en la memoria.

Yo también estoy en donde estuve: un cuarto.

Vestida con nada más una camisa, la extranjera

se maquilla grotescamente ante el espejo antes de hacer el amor:

“¿Crearás que no recuerdo si es de día o de noche?”

“Toca... Sí, tal vez sería mejor ponerle un telegrama a mi marido.”

¡Ah, provinciana estúpida, si supieras cuánto te desprecié!
Vendrían luego la fiebre, el vómito, el espasmo; la picana de la sed en la noche acezante
de Oaxaca.
Se pudrían los mangos en el mercado en la caliza Mérida, bajo la lluvia. Llueve.
El escalpelo de la lluvia rapando la coronilla del verano enfangaba los postigos del
amanecer.
Salí al innumerable, al escrutado cielo que gira sobre Yucatán.
En la orilla salvaje de los suburbios se alzaba el armazón de una insensata construcción
ficticia. Sopló el viento.
No volaba ningún papalote ni pájaro oscilaba.
¿Era la tarde o la mañana? Una carpa de circo. Comenzaron a tocar todos los músicos.
en las rampas los *clowns*, los acróbatas vestidos de blanco.
Un ambiente de fina ceremonia.
Después un extraño silencio.
Sólo la flauta de un niño,
el son de la flauta de un niño en el aire...

FERVOR DE LA IMAGEN

Un canto de mujer asciende y purifica la mañana;
en la reciente luz se enciende
—reguero de nítidos cristales—
el estrépito en los cedros cuajados de pájaros.

Bajo la bruma azul
surgen ateridos techos de teja roja,
muros blanqueados:
la alquería se despereza
en las faldas de la rugosa cañada.
Una crepitación de tenues brasas
se extingue en los bordes del sueño,
los labios musitan una canción nueva
nacida en todos los sitios donde pongo los ojos...

Eres la frescura del aire antes del día,
cuando un vaho tibio se levanta de la tierra recién labrada
y el sol ya inminente es apenas un resplandor malva
en las crestas de los pinos lejanos;

eres el sonido del agua entre las rocas:
el claro, ameno y dulce rumor del arroyo
que arrastra tallos, yerbas, semillas;
el rápido cielo repetido bajo las frondas
mientras lípidamente fría
frota el agua sus lomos en las ágiles riberas;

eres el viaje de las nubes arreadas por el viendo del sur
cuando en agosto las lluvias avanzan hacia las altas mesetas;

estás en el aroma de la resina
y en el ondulante humo de la leña verde
al elevarse de las cocinas rústicas:
sus cintas y anillos enredándose en los densos brezales;
y suspiras en el crepitar del fuego,
en la llama oscilante que se enrosca
como una serpiente en celo alrededor del leño;
eres la núbil fragancia de los campos de avena
cuando se agitan cruzados de abejas nuevas,
las fiestas del sol dorando los campos de mostaza,
el viento que canta en los maizales;

eres la ventisca fina de otoño que al alba bajo la luna
asperja de escarcha los surcos violeta;
incesante, subes en el olor de la madera recién cortada,
tu aliento es más fresco que la brisa en la mañana
que recorre el bosque estremecido,
resplandeces con las huellas del sol sobre la yerba húmeda,
en el fulgor de los charcos de fría plata:
espejos bruñidos reverberando en el aire de nitrato de plata...

Abro los ojos: entre mis labios fluyes
como la noche de los manantiales.
En tus ojos me miro y me conozco,
en tu mirada clara como la danza de la luz
sobre el toldo flavo de los bosques oscuros.

Aquí está la estremecida claridad, la fiesta,
el escozor de la imagen: la fervorosa biografía.

IN MEMORIAM A.M.

Ayer murió mi abuela.
No la volví a ver
desde la noche en que, hace once años,
mi padre quiso volarse la tapa de los sesos.
Nunca supe si ella nos repudió
o si el cansancio de la costumbre me la fue deshaciendo.
Lo cierto es que no volví a saber de ella.
(Es verdad, de chico, la frecuenté.)
La recuerdo tímida, torpe, apocada,
siempre pulcra y obsesionada por su “posición en el mundo”,
por cómo “no molestar”.
Dicen que en sus últimos años
fue perdiendo la razón,
que se portaba como una niña:
escondía cosas, mentía, robaba las monedas.
La encerraron en un asilo,
a ella, que tanto temor, tanto asco,
sentía de la degradación de la vejez.
Murió tan silenciosamente como había vivido,
entre la ponzoña familiar:
los hijos que entre sí casi no se hablan;
disputas sobre el destino de su cuerpo:
las llamas o la tierra,
el vacuo fulgor de una cripta de nuevos ricos
o el reposo al lado de un marido
desfigurado y muerto muchos años atrás,
más borroso que ella.
Ayer murió mi abuela

(yo me enteré hoy),
y la única manera de recordarla
ha sido redactar esta acerba semblanza,
mezcla de náusea y piedad,
parecida al malestar que nos invade
cuando tenemos la infortuna
de meternos en donde no nos llaman.

SENTADO EN UNA BANCA

En el umbrío parque, sobre
la vereda vetada de hojas,
restos de *picnics*,
desperdicios, papeles arrugados,
se alargan sombras
de los paseantes últimos.

Aquí y allá,
unas cuantas palomas
picotean entre la hierba.
El sol descende sobre la colina.

La vida pasa rápida.
Sopla el viento.
Las palomas vuelan,
se van con el sol.

Igual que esas sombras
en el asfalto sucio,
nuestros pasos
se borrarán sobre la tierra

CANTO CLARO

la sombra de su cuerpo desvistiéndose.
Crecí toda la noche en su deseo...

TRASLUMBRAMIENTO

En el jardín,
 ángel encadenado:
fugitivo
 follaje de chispas de oro:
más fuego que agua:
 pavo real de la mañana,
el surtidor.

PRIMERA PRIMAVERA

Ven, o el ajustado orden de todo esto
 puede romperse.
No lo pongas en duda.
 Ya sé que no te es fácil prescindir
de tu obligada compañía.
 Pero el tiempo es propicio.
El rápido amor crece
 y se exalta en el día
Clarísimo.

ANTÍFONA

Estoy

En ti

Nazco

Deslumbrado

Tu cuerpo

Se enciende

Bajo mi cuerpo

Fluyes

Te dispersas

Entre mis manos

Eres

Otra vez en mí

La carne clara el alma recobrada

No existe nada más que nuestros cuerpos unidos.

BASHIANA YUCATECA

El “Mercado” en Chichón:

columnas clásicas

entre hierba crecida

dorada en primavera.

Nos tomamos fotografías,

tú y yo, que sólo somos

uno y su compañera.

Dzitnup, Yuc., marzo de 1979

CANTO CLARO

Cunde agosto en las ramas y copas de los árboles
Llega el amor como una brisa fértil
Igual que una ráfaga de sílabas intensas
Tú yaces en el sueño magnífica desnuda
Abierta henchida espléndida granada
Que en manos del verano más diáfano madura

Franco cuerpo de sol y arena de oro
Mi ansia va a ti como al polo la aguja
Como a la luz las plantas o como las raíces
Tienden sus células cuando han oteado el agua
Como una ávida esponja tu cuerpo viene al mío
¿O nunca había visto tu cuerpo como ahora?

Parecen gacelas tiernas en tus pechos
La luz de la lámpara cincela tu cintura
En tu vientre se mecen las espigas
(Mañana tu belleza deslumbrará al espejo)
Amaneces con la luna en la cama deshecha
Como una alhaja fulges en medio de las sábanas
Aliada de los astros ascua altiva

Por los deslizamientos de tu piel
Por la música firme de tus miembros pulidos
por la admirable naturalidad de tu cuerpo
Por la fuerza y el ardor de tu entrega
Y por la debilidad de tu entrega
Por la fiebre por la languidez sí y por el sueño

Me he asomado al delirio Amor frota mis ojos
El deseo susurra en los altos eucaliptos
Tus áureos ojos verdes tus pechos suavísimos
Caen guirnaldas de signos sobre tu recámara
Lámparas encendidas incensarios

Yo camino dormido con el alba en la mano
Con los ojos abiertos con los ojos cerrados
Vertiginoso total ferviente enamorado
Sobre tu claro cuerpo estoy cantando

RECUENTO

EL ACOSO IMPOSIBLE

Frente a mi ventana la noche agrupa sus bloques de sombra sobre *las acumulaciones del jardín*.

De alguna parte llega el rumor del agua, impreciso, casi inmóvil.

La madrugada cae como una catarata enorme y azul desde el filo del mundo.

Yo vengo de filmar, arrasado por los excesos de una labor aborrecible,

y me recuesto inventando los modos y maneras de una fabulación,

figurándome los rasgos de una historia improbable:

fragmentos que recompongo como si deformar el recuerdo fuese una manera de partir
a otra parte,

como si realmente tuviera algún sentido ajustarlos para que coincidan con los
requisitos de nuestra necesidad,

queriendo pensar que deseas tales cosas.

Estaba de pie a tu lado, viendo astillarse la luz en el borde del vaso que bebías,
contemplando la anaranjada demolición del día.

Tal vez hubo algo en la manera como te inclinaste y dijiste

con la inocencia de un gesto que ha sido cuidadosamente previsto,

con ese modo habitual que tienes de comprometerte a distancia

(¿o no hubo nada y no lo habrá nunca y sólo está en mí

y es como si me moviera en la espesa materia de un sueño?):

“¿Ves lo que hace el amor?”

Me miraste a los ojos; yo no entendí

con la funda de aquel disco para flauta en las manos que hacía años te regalé

sin por qué, sin sospechar que en el recóndito andamiaje de mi sangre

algo oscuramente me llevaba hacia ti.

La luz de la lámpara es una espina temblando en el cuerpo de una mariposa.

Afuera la noche avanza con sus anillos de oro, sus *misteriosos dones*.

El alba avanza.

Y otra vez tu recuerdo, ese día

extendido como una mancha obscena que agravara la alfombra de un lujoso vestíbulo.

Te inclinaste sobre el tocadiscos que habías encendido

sin poder ocultar un sutil malestar:

la inquietud de alguien que está a punto de ser descubierto

e insiste en postergar la ocasión del encuentro

refugiándose en los gastados usos de la rutina;

te inclinaste sobre el tocadiscos encendido

y preguntaste:

“¿Qué quieres oír?”

Qu'en tal domna ai chauzit, la arrogante canción de Peire Vidal

sin pudor exhibiendo el clima de mi fractura:

la aparatosa, torpe, absurda desmesura de pretenderte

— ¿habilitado por quién para saquear tus costumbres y traerte a las mías?

Elegir es errar...

Actuabas como si realmente no dependiera de ti

aceptar esos actos en los que te reconocerías,

aun cuando no te atrevas a mirarnos en ellos.

dime: ¿irías contra ti misma?

En vano he intentado librarme de tu acoso.

Estás ahí, siempre fija, remota: brillando

con una vivacidad insoportable,

tenue y feroz, deliciosa,

hablando distraídamente, superficialmente, disculpándote

(¿de qué tendrías tú que disculparte?)

a propósito de la educación de tus hijos

o la posibilidad de lograr una nueva fotografía.

Tus paisajes insólitos, la luz sobre sí vuelta,

los troncos, la limpidez del agua:

sitios enmarcados por el fulgor de la imagen.

(Y yo escribí para el catálogo de tu exposición,

repitiendo la brillante paradoja leída en otra parte:
“La instantánea fijeza de tus celebraciones”).

Después de todo, ¿qué tendrías conmigo?
Podría trastornar todas tus relaciones, podría mostrarte
posibilidades nuevas y magníficas
sobre tu cuero.

Fragmentos de ti en mi vida:
la vecindad de tu nombre en una vaga bibliografía,
tu infrecuente proximidad;
y esa leve canción que te va cimentando.
Elegí una mujer.

He visto crecer en silencio lo mejor de tus días,
incesante, intacta,
sobrecogida en el estupor de tu propio deseo
oscurecido como un negativo expuesto demasiado tiempo a la luz.

“El futuro es un fruto en el aire
suspendido del hilo del deseo...”

Lo digo
mientras trato inútilmente de resistir la insensata irrupción de tu totalidad
con júbilo, con encono, con amargura...

TIEMPO PROTEGIDO

Calumniado de infamia ¿por qué no han de quererte?

Jorge Luis Borges

1

Déjame descansar,
detenerme bajo al momentánea sombra de los hechos,
antes que el peso de todo esto se vuelva insoportable,
déjame pararme a mirar hacia atrás,
buscar el abrigo de las palabras
para poder seguir siendo en el instante de escribir,
para entender algo de esta transgresión insensata.
Déjame tratar de ser fiel a la fuerza sin medida que nos lleva *hacia abajo*.
Porque asumir el espacio de extraviada violencia de una decisión,
verificar hasta el vértigo la existencia de una parte nuestra ignorada y equívoca
y sostenerlo en un acto que como la muerte repudia y confunde,
refiriéndolo en el momento específico del riesgo de su fascinación,
es buscarse un lugar en lo incierto;
como si todo debiera seguir sucediendo sin fin.
Así, perder pie y de pronto, de la imposibilidad de un horizonte a la verdadera
distancia de otro,
ser capaces de comprobar, sin asombro, sin calma,
que la red de los cuerpos traza ya otra figura
y que tal vez bajo la banal o caótica superficie de los hechos
palpita un horror más sombrío,
como el eco de una fuerza ciega y desprovista de sentido golpeando
que sacudiera las membranas del alma

y avanzara, desgarrándolo todo
—gesticulaciones en un escenario absurdo.
Porque aquel que tuvo el coraje (o la inconciencia) de infringir
lo que llamamos las “obligaciones del dolor”,
el que, obcecado por una idea del amor, se decidió por lo innoble,
desmembrándose, sobriamente iluminándose hasta el borde,
si fríamente, febrilmente, amputó lo mejor de sus días
(brilla la muerte encima de nosotros pero no entra)
y pasando por encima de todos
se destinó a la vocación terrible de abandonarlo todo,
no fue porque en su “libertad” esperase aclarar nada
bajo la máscara que adopta la vergüenza en los actos del miedo
ni porque le interesa hacer uso de esa prerrogativa de que dispone el hombre
de testimoniar sus acciones y volver sobre ellas y marcharse,
ni siquiera porque pensara prescindir de la ausencia de tiempo que gravita en medio de
 las movedizas palabras
o porque vanidoso o ingenuo se sintiera atraído por una deslumbrante imagen del mal,
sino impulsado por la necesidad de agotar esos simulacros de relación
(o mejor: de carencia de relación)
que han anidado en nosotros como una propagación y una demencia de siglos
y que nadie ha podido *reinventar* en medio de una época que naufraga.

Por sobreponerse al estupor que imponen los actos prohibidos,
atreverse a volar en pedazos
o desbaratarse en los escollos de la propia elección
y errar,
o permanecer anclado, inerme en el espacio de un desamparo,
varado a la intemperie del espíritu,
no está en nuestras manos.

Dime, máscara de familia; dime, lengua de la tribu:
 la amistad, el amor, la lealtad ultrajados,
 ¿podrán no eludir algún día su precisa retribución?
 Dime, dime si el poder de deseo *realmente* ha olvidado la ley.

(Nos empeñamos en desafiar los mecanismos del miedo,
 pulimos hasta la incandescencia
 las instancias en que encarna el profuso deseo,
 las perfeccionamos, deleitándonos como si acariciáramos un objeto precioso
 y cuando estamos frente a un acto que nos exige una “toma de decisión”
 retrocedemos asustados de nuestra propia audacia, atónitos,
 como si nos hubieran golpeado el rostro con un guante invisible,
 exiliados de nuestros afectos, desprotegidos, maltrechos...
 Tal vez las cosas graves estén fuera del tiempo.)

¿Puede acaso ser mejor la impostura,
 mejor el guiño, el engaño, la esperanza embozada,
 el estancado reflejo del as aguas cambiantes de la simulación,
 mejor el sacrificio: la “bella idea”
 inmolada en aras de una expoliada fidelidad,
 el chancro del amor?

Dame su extrañeza, su pavor a lo móvil,
 la incierta aproximación de cuerpos que se desconocen
 y para encontrarse justifican la imposición de un saber fundado en la injusticia.
 Desata como un vínculo entre lo que es y ha sido.
 Puedes tocar este silencio que arde:
 toma la quemadura de mis manos, mi lengua calcinada,

parvas joyas tristes que te ofrezco:
la red del cuerpo, su calor, sus olores:
bruma incendiada en que la historia, la carne,
encuentran su rigurosa finitud.
Acuérdate de mí, memoria de mi memoria.
Profundidad donde todo vacila...

RECUENTO

Intacta bajo el sol de los hombres
desde ninguna parte cae
la sombra entre dos crepúsculos.

En un terreno baldío cuatro niños
instalan sus aparatos móviles,
aventuran sus bestias prodigiosas.

Más allá dos mujeres se miran
acaso por última vez:
arguyen sus razones.

Preso en la minuciosa trama
de la voz, un hombre
debe librarse de su afán.

Confiado a la simplicidad de los hechos
asiste a la dispersión de su imagen;
como si su sombra se inventara otro cuerpo.

Sus cenizas están ya en el vaho de la muerte,
su pasión edifica de esa sustancia
la materia de su memoria y del olvido.

Tal vez amanecerá en otra espera:
otro cuerpo acogerá su nombre.
Mañana todo le tenderá su cebo.

EL AMOR Y LOS LÍMITES

(1990-1994)

EL SER VERTIGINOSO

Je suis devant ce paysage féminin comme un enfant devant le feu.

Paul Éluard

Canción mía, ve y envuelve con tu música
la frente de mi amor, cíñela de una diadema
de sílabas sonoras, de felices palabras
que le declaren cuánto mi corazón es suyo.

Desciende hasta sus plantas luego, río ondulante,
y báñala en tu esplendor: que tu lengua de oro
no deje ni un centímetro de su asombrosa piel
sin pulsar; aprisiona sus músculos de seda,

trépale como una hiedra hasta los hombros,
enlázala, luna, cincélala de plata,
filigrana, y ofrécele en los labios
tus palabras llenas de luz,

llenas de un rumor de rosas esparcidas
en el espejo de los días por venir
hasta oírla decir mil, mil veces mil:
“Estoy viva en el centro de un sueño sin cesión”.

Ámame, como quien oye acezar
un incendio en el bosque,
expectante y suspensa,
con el alma en un hilo.

Que el bermejo galope de las llamas
como un caballo alucinado
silbando encima de los árboles
te arrebate, sin poder escapar.

Para que así, brillando, extática,
sin el menor recato ya,
como una media luna contra el cielo

violeta del crepúsculo,
tan a mí destinada, tempestad
en el mar, me ames. ven.

¿Habrá uno que no atine qué hacer
si de pronto se topara contigo:
imprevisible corza, leve y cálida,
suavísima?

No yo, seguro.

Ciertamente sabría
cómo rondarte, cauto
y paciente. Y en un instante,
justo,
en un inopinado parpadeo,

como una luz retráctil,
como un jaguar que se abalanza,
rijoso caería sobre ti

para estrechar tu cuerpo, apetecida,
hasta sentir tu piel, tu corazón
temblando contra el mío,
como un sol en el agua.

Vas a venir de día,
en la luz suficiente,
por la tierra y el aire,
por el agua y el fuego,
más bella que ninguna,
musical, perceptiva,
mi camino y mi sombra,
mi casa, mi país.

Vas a venir, y todo
lo que pude haber sido,
lo que aún puedo ser,
serán, bajo esa luz,
coincidencia de vida,
irremediable amor.

Llévame a donde quieras:
por el sendero abierto
bajo los altos cedros
que cercan el jardín,

o a la orilla del mar
tachonado de espuma
junto a la playa azul,
púrpura y oro al alba;

o incluso, si prefieres,
llévame a la ciudad,
a sus calles y plazas

descabaladas, sordas.
Te seguiré, sin más,
sin ver, sin condiciones...

Sueñas con un lugar sustraído a la noche,
un horizonte de ecos y sombras amorosas,

un mundo abierto a nuevas sensaciones
(y sin embargo es sólo la luz con lo que sueñas).

La tierra, que te esculpe, el aire, el sol,
el mar y sus jardines,

tienen el mismo gesto, la misma *tesitura*
que las cambiantes llamas tienen bajo el cristal.

Yo sé que oiré tus pasos, los espero
como la noche anhela

las primicias del alba: sólo para gozar
tu leve estar de prisa... ¿Cómo explicarte que ahí

donde se ahondan tus silencios
es donde te reconozco más próxima?

En el enjambre de oro de mis horas felices,
bajo el cielo que temple las noches y los días,
todo me sabe a ti, todo se impregna, cálido,
sustancial, sensitivo, de tu amor prodigioso.

El cuerpo de la luz en la trama del agua
entre la sombra fresca de los sauces altísimos,
el aire deslizante, un rumor de guijarros,
la luna en la nostalgia de cielos por llegar.

Te traigo una memoria de flores agoreras,
un manojo de pájaros, una constelación
de flotantes perfumes, ciertas tintas sonoras.

Porque mi corazón sonámbulo no sabe
soñar con otra cosa que tu imagen completa
abierta a mis sentidos, flama de mi deseo.

Eres mi mejor música,
el sol de mis vocablos:
lo que amo y lo que escucho
se entreveran en ti.

Hablarte, estar contigo,
es cambiar por completo,
olvidar lo que sé,
arriesgarme, estar vivo.

Tus actos, tus palabras
se mezclan con mi nombre.
No sé muy bien quién soy.

¿Quién eres tú? ¿Qué voz?
(Yo existo en tu silencio
y en tu voz, que me crean.)

He repetido, una tras otra,
hasta volverlas un claro cristal silencioso,
un lago centelleante y sin fin,
tus palabras, que no he olvidado.

(Eres la frase en que me encuentro,
la cadencia y la disposición de ciertas sílabas,
un fulgor de vocablos
reconciliados en la página.)

Palabras que cambian cuando las miras
como la piel de una piedra en el río,
como el ser de las nubes enlazadas.

Hoy tengo tantas cosas que decirte,
cosas simples, en las que nadie piensa,
pero que muchas quisieran oír.

Qué libre llevas, leve, la liana de tu cuerpo,
qué grácil, qué gentil, qué elástica,
de qué modo se cimbra, racimo generoso,
en la trama del aire tu proporción.

Cuánto, cuánto anhelo tocarte:
mandolina, nebel,
una a una pulsarte cada cuerda,
cada registro diáfano del alma,
para escuchar al viento
cantando entre las letras
de tu dichoso nombre
hasta ascender con él,
suavemente encendido,
la escala de tu música, sin fin...

Hay días en que un vivo apetito de tu piel
me raya, como un tigre,
como el zarpazo insomne
de una súbita hoguera
que en la noche del cuerpo
me desgarrar, me tumba, me triza rechinando;
días en que me afilo el alma
en las garras de tu predilección.

Quiero entonces salir, asaltarte,
olfatear tu hermosura,
morderte furibundo,
ahogarme en tu perfume,
carnívora, campal,
y en las profundidades de tu jungla auroral.

Susurrante, invadida,
te abres como un jardín,
como u perfumado capullo: dádiva
a la velocidad de mi deseo.
Y tú, mi afuera, estás dentro de mí,
y eres igual y ardes distinto,
profundidad en tu profundidad,
de cenit encendida, de deleite,
respirante, libérrima, infinita,
fugándote en los áureos
destellos de tus ojos,
hasta tocar el fondo del placer,
fondo de fuego, el fondo de ti misma.

Atas en mí otra vez el nudo rojo del amor.

Dorada, tersa, reclinada, tibia,
de frente, al sesgo, de perfil,
estremecida, dúctil, blanda,
flexible, pendular,
más suave que la arena del Caribe,
cercana y clara, álfica,
deslumbrante, bellísima,
¿la primavera es tu lugar?

No tengo otro deseo que anegarme de ti,
mi dicha está en tu cuerpo:
vegetal, sideral, terrestre, cristalina;
en el sol que te sigue
y la sed que te forma.
Arca de mi fervor.

Caída y pura, aturdida de pájaros,
en las llamas del vértigo, insondable,
presa del estupor, la llaga,
la irritación, la noche, los relámpagos.

Chapaletas en un cenagal,
fragorosamente te hundes en él: te rodea
una tensa oquedad, una fetidez ronca,
una tiniebla espesa y sin salida.

Resbalas por un túnel,
una pared de proliferantes vetas rojas,
una respiración de exultantes perfumes.

Con un chillido de oropéndola
partes el cielo en dos:
eres el laúd del éxtasis que te atraviesa.

¿Qué espero de ti, preguntas, de qué
manera habré de asegurarme de que tus rosas
no van a marchitarme las ganas de vivir?
¿Qué meses seductores, cuáles días
de sol y risas e irisada saliva
rescataremos de la infame,
la promiscua marea detergente
de las ideas preestablecidas?
No tengo otro deseo que envolverme de ti.
¿Dejarás que te envuelvan mis palabras?
Te cantaré canciones que hagan enrojecer,
canciones que hacen arder la llama de la vida.
Y en su girante resplandor, muchacha, serás
como un brocal de límpida sed inextinguible...

Traigo noticias de algo que te incumbe:
una mirada, un beso, y luego
el lazo del placer anudando las almas;
ciertas formas de conversar, tal vez.

No puedo alejarme de ti: el enconado Amor
me ha consumido, como se consume
el cirio de una ofrenda. (Al alba
recogerán mi cera derramada...)

Devuélveme el fervor, el mismo anhelo claro
de los primeros días. ¿Quién escapa al destino?
Arriesgué lo que había que arriesgar.

Si estuvieras aquí te cantarías.
Pero evocarte se ha vuelto un destierro,
y un escozor, y un lenguaje sitiado...

Si tu órbita te trae a mí, si acaso
estrella errante, en tu periplo
obstinado y excéntrico,
la gloria y gracia del amor

o el ondular de tus elongaciones
por cauces misteriosos
te llevaran a encontrarte nuevamente conmigo,
me iluminaría, como un vasto meteoro.

Y arrojando una luz escarlata
sinuoso y lúbrico, como Quetzalcóatl,
silbando, huracán iracundo,

como un ofidio en el fondo de tu antro,
arrasaría con todo lo que no tenga
que ver con las elipses de tu ser zodiacal.

Amor, amor: ¡cómo ha cambiado todo!
Las palabras, los gestos,
ya no dicen lo mismo,
no nos comunican igual.
¿Es demasiado tarde?
(Me pregunto para quién hablo.)

Dí: ¿por qué has venido?
Si pudiéramos al menos recomenzar.
Te ofrecí una canción: su música,
tersos pétalos quietos
en el aire brillante.

De esa última noche
sólo nos queda el sueño, irrecobable
estación que aún me alumbra y enamora.

Quiera el Amor, que todo lo compendia y exalta,
que todo lo desborda y lo consume,
que acerca lo lejano y separa lo próximo,

que lo que está suelto ata y desata lo junto,
que de la noche extrae la diáfana mañana
y de la sombra un río luminoso,

por esa prodigiosa ley de efectos contrarios,
quiera el Amor hacer de tu despecho amor.
Al fin has de volver, reintegrada y factible:

en el hondo universo, que al curvarse regresa,
los senderos del tiempo te conducen a mí.
Tu frialdad es presagio de tu ardor venidero.

Mientras más alejada, esquiva, inaccesible
te halles de mí, más, mucho más próxima estarás.

Ígnea o aérea o acuática, lo mismo,
elemental, digamos,
vivaz, terrestre entera, tejida de mi voz,
ventisca o arena o brasa tornadiza.
Horizonte. Peñasco. Mar. Tormenta.
Herida también, riesgo, grieta ciega.
Desfiladero a filo de volcán,
enconada neblina, lluvia súbita.
Cerrazón de ceniza, paramera, glaciár.
Algo más que piel, algo
más que la vida del paisaje.
Paraíso tramado por el fuego,
tallado por las lluvias, pulido por el viento:
oráculo de nuestro corazón.

Cuando ya no me quieras, cuando el áspero tiempo,
que todo lo devora, irremediablemente
te separe de mí, cuando ya no te importe
saber qué estoy haciendo, escribiendo qué cosas,
diciendo qué palabras, cuando tus claros ojos
en medio de la gente ya no busquen los míos
y gentil, delicada, más hermosa que nunca,
te desnudes delante de otro pecho, temblando
y tus húmedos labios endulcen otra boca
y otra voz te entusiasme y otros modos y vías,
cuando ya no me quieras y yo ya no te extrañe,
entonces será el fin: nada tendrá sentido,
la vida irrespirable será como una sombra
y una desolación y un sepulcro baldío...

CANTO LLANO

EL HOMBRE SIN HASTÍO

En la ciudad un hombre
camina sobre al agua de la luna.
Trozos de vidrio, lágrimas:
un trazo cristalino.

Tú, seas lo que seas,
canta, canta sin tregua
y deja que te dé las gracias.
Nada falta en el mundo.

Una canción de amor y luz
bajo el cielo despejado.
¿Qué nos ha sucedido?
¿Es que me ha herido el tiempo?

Me duele una sonrisa, un inocente olvido.
¿Una imagen pertinaz, imborrable?
Acércate: conoceremos
el tiempo de la transparencia.

CANCIÓN SONÁMBULA

La noche borra sus colores,
la noche entra en la noche.

La probidad del mundo, dime,
lo que nos enseñaron,
¿perdurarán en nuestras vidas?

Humo, sombra entre las llamas.
¿Qué sabes de mí, qué buscas?

Escríbelo en mis ojos.

Como agua clara en un cántaro,
como el sabor de esa agua en la garganta,
como el murmullo de una fuente,
pronunciaremos las palabras
dichas en nuestra infancia.

Levedad de un mundo emblemático

CANCIÓN SERENA

Todo lo que has amado,
todo lo que supiste prodigar,
¿se perderá, como si nada?
¿Qué puede querer decir la palabra *temer*?

La confianza consiste
en saber preguntar.
¿O tendría algún sentido
preguntar una nueva pregunta?

No puedes preguntar,
porque no existen las respuestas,
y formular preguntas
es sólo el instrumento
de una pregunta decisiva.

La desconfianza ignora qué pretende saber...

CANCIÓN CALLADA

Creí reconocerte
por la dulzura de la voz.

Las montañas, los bosques,
no igualan a esos campos
en donde nuestro corazón
bajo el toldo del viento
entre los rosales, sueña mejor:
poseemos el gozo.

La ronda de las horas,
los vientos cardinales,
apuntan al mismo eje:
un sueño de consuelo o de combate
abierto como un libro
en el nombrado filo del decir.

AFORISMOS

La memoria del corazón
es un poco como las nubes.

El mar te ha conciliado
con tu suelo y tu gente.

Tus luminosos días duermen
a la intemperie de la playa.

La lluvia deshila lo que sueñas.
Ha quedado la tierra.

La casa de la espera
es como un libro en blanco
que abres al despertar.

Renaces cada día.

El sueño es el mar del regreso.

La travesía es el final.

CANCIÓN DE LA ESPERANZA

Raíz de la esperanza: querer puro,
¿por qué las apariencias nunca duran?

Algo de alas que se abren,
la esperanza tiene sus pasos.

Como un puente quieto y extendido
echado sobre el tiempo.

Nuestro querer rescata
lo sumergido en ese río.

¿Pronunciarás tus palabras alzándolas
encima del tumulto, sobre el tiempo que pasa?

Anhelo, aliento mínimo.

Un don que vuelve,

como nube, sin darse.

La esperanza no espera nada.

CANCIÓN DEL MALAMADO

He ido y venido.

He subido y bajado.

He dado la vuelta

sin encontrar descanso.

¿Recuerdas aquella canción

que hablaba de una mujer

como una puerta?

Abierta, cerrada...

Un deseo

cuyos vocablos somos,

una frase deseante.

El mundo se ha mezclado a nosotros.

Tenemos tan poco tiempo para soñar.

Tenemos todo el tiempo.

CANCIÓN DEL DÍA

Al principio seríamos como el viento,
más claros que el cristal de una ventana:
perderíamos el rostro. (Nuestros actos
tienen, al fin, un nombre.)

No vendrás a decirme
que no estás vinculada
al rumor de la sangre.
Despierta poco a poco.

¿O crees que el pájaro es libre?
Te equivocas: la flor,
la tierra es libre.

Amarás a tu vínculo
como a ti misma —hasta el final:
sé libre.

CANCIÓN DE LA NOCHE

He visto brillar el fuego
en tus ojos nocturnos.

He visto brillar el oro
rielando en las estrellas.

He ido a tu encuentro.
(Te temo cuando estás cerca.)

Tu mirada me atrae.
Tu cuerpo me detiene.

¿Quién de los dos
deberá dar las gracias?

¿Seré yo lo que quieres?
Exploras mi felicidad.

Celebra a la noche.
Respira libremente.

CANCIÓN DEL BIENAMADO

Anegado en tu luz,
duradero en el oro de tu piel,
brillante como la mirada del que da
o la de aquel que se despide muchas veces,

¡te ansío tanto! Un hálito de sílabas,
una piedra y un círculo en el agua,
una palabra impronunciada:
tú misma...

¿Reconoces el susurro

de la felicidad?

El porvenir es el pasado que regresa.

Hemos sido de los que *pudieron querer*.

El mundo está en tus ojos...

Amor mío,

aprendiste a beber en mis palabras.

¿No prueba eso que existes?

CANCIÓN DEL NÓMADA

El valle, el bosque,
no se equiparan
a nuestros campos.
Nos pertenece el mundo.

El viento, el mar,
la noche sin razón,
la ciudad y sus hojas en blanco:
errancia sin recuerdos.

Desasida sin más,
la certidumbre es la conquista
exaltada de uno mismo.

Si tienes alas,
tendrás labios y frente.
Habitamos en el filo del tiempo.

CANCIÓN DE LAS CIMAS

La dulzura y el tormento del alma,
lo que constituye su hambre
y su violenta sed de estrellas,
el aire claro, el colmado peligro,
el primordial sentido de la tierra
aquí se compaginan: ¿qué es lo que amas?

Tu hoy contradice tu ayer.
Ascendes y respiras.
¿Qué deseas en la altura?
El día está en tus mejillas,
la noche cerca de tus ojos.

Te elevo esta alabanza
hecha de luz y noche.
Eres la luz más clara de mi fuego.

CANCIÓN TERRESTRE

Juntos hemos aprendido todo,
juntos hemos aprendido a elevarnos,
a sonreír, sin nubes, hacia abajo.
Eres mi profundidad, mi inocencia.
El derecho de decir no,
el derecho de decir sí,
el implacable amor
y sus semillas minuciosas,
¿se diluirán?, ¿se pierden?
Si dijeras que sí te mentiría.
Llovió toda la noche.
¿O dirás: no recuerdo?
Ninguno recupera el sueño indescifrable.
Para ser dos hay que *saber*.

CANCIÓN DE LA FORMA

Llega y te asedia
el amor de la forma.
Vives de ver. Y existes
de una vez por todas.

Es fácil abordar
bajo múltiples formas
a la invicta belleza.
Si fuera menos cierta...

Eres otro lugar,
el oro de la luz y de los días.
Lo que desaparece y se disipa.
No pueden agotarte.

Me detengo y te miro: si no fueras
tantas cosas a la vez, adiós poesía...